

Oda a la Muerte, Maestra Eterna

Oh, Muerte, serena y sabia,
guardiana del umbral último,
tu manto oscuro, cargado de misterio,
esconde las respuestas que anhelamos
y tememos a partes iguales.

No eres verdugo,
sino maestra silenciosa,
que nos recuerda en cada susurro
la fragilidad de nuestra carne,
la finitud de nuestro aliento,
la eternidad que nos espera
más allá de la niebla.

Tus pasos, lentos e inexorables,
han tejido la historia de la humanidad.
En cada llanto, en cada despedida,
has dejado lecciones profundas,
grabadas en el alma de los que quedan:
la humildad frente al tiempo,
el valor de un instante,
el amor como refugio eterno.

Muerte, portadora de verdad desnuda,
despojas nuestras máscaras y orgullo.
Ante ti, todos somos iguales:
reyes y mendigos,
sabios y necios,
todos marchamos a tu encuentro
con las manos vacías
y el corazón lleno de preguntas.

Tu misterio es espejo,
donde cada uno ve sus miedos,
pero también su esencia.

Eres el umbral del retorno,
el eco que nos llama a casa,
donde el alma se encuentra con su origen,
fundida con la inmensidad.

No tememos tanto tu llegada,
como lo desconocido que prometes.
Y, aun así, en tu sombra oscura,
brilla una luz de sabiduría:
nos enseñas a vivir con urgencia,
a amar sin medida,
a buscar en el caos de la existencia
la chispa divina que nos habita.

Oh, Muerte, compañera inevitable,
te saludo con reverencia,
pues en tu abrazo final
no hay derrota, sino transformación.
Eres puente hacia lo eterno,
madre de las estrellas,
guardián del ciclo que nunca cesa.

Llévanos, cuando sea el momento,
con dulzura y dignidad,
y que en tu abrazo encontremos
no un final, sino un principio:
el regreso al todo,
la comunión con el infinito.